Desde que Fermina encontró á Lorenzo, revivió de tal suerte, que, disipados sus escrúpulos, ya no se acordó del luto, y consintió ir á todas partes donde pudiese encontrar á su novio y secretear con él. La petición en matrimonio se formalizó presto, pero se convino en que no se realizase la boda hasta que Fermina aliviase el luto, al año y medio de la muerte de su madre. Después los novios se irían á vivir á Bilbao. Lorenzo, con el capital de Fermina, podría asociarse á la casa Amblera, y consagrarse á la familia y al trabajo—«mientras no te llame el rey»—advertía su padre severamente, alzando el dedo índice.

IV

De este idilio había sido testigo constante, pero no impasible, Teodora de Montcal. Cuando conoció por primera vez á Lorenzo, éste llevaba ya intención de presentarse como aspirante á la mano de Fermina. Es preciso, para comprender la importancia del encuentro de Teodora con Lorenzo Gurrea, darse cuenta de la verdadera situación moral de la esposa de Jacinto Castellá.

Nada menos análogo á una mujer galante que Teodora. El fondo pagano de su alma y la fuerza pasional latente en ella, eran de una intensidad trágica, y excluían completamente la ligereza y el fácil coqueteo, arma que tan bien manejan las francesas de empobrecida sangre, y solaz y derivativo de su tedio y de sus nervios caprichosos. Ese juego á flor de imaginación le inspiraba á Teodora el mismo desdén que inspiran á los nadadores capaces de arrostrar el ímpetu del océano las travesuras de los niños en

la playa ó las proezas de los que se bañan con vejigas y cogidos del bañero para que no los tumbe la ola. En aquella mujer de tan ardorosa vida y tan brioso espíritu no cabían simulacros.

Si se supiese algunas veces en qué estriban la virtud y la buena fama, quizás se las encomiaría menos, ó se comprendería que antes de ensalzar ningún acto humano hay que estudiar sus orígenes y sus secretos resortes. Teodora, jamás prendada de Jacinto Castellá, meramente persuadida de que era un marido á propósito para colocarla en el puesto social que la correspondía, había sido fiel á sus promesas, y ninguno de los muchos admiradores de su belleza y su ingenio y de las mil seducciones que la incluían en el número de las mujeres de moda en París, podía alabarse de haber conseguido sino lo que se consigue de toda señora de buen trato: una sonrisa, algunas palabras afables La libertad que Jacinto otorgaba á su mujer permitió á ésta formarse un pequeño núcleo de amigos selectos é inteligentes, que acudían á su saloncito á tomar el te los miércoles por la tarde, y que todos, cada uno á su manera, podían estar platónicamente entusiasmados con la señora de Castellá, pero entre los cuales hubiese sido muy censurado el fatuo que asediase á Teodora con pretensiones ridículas y aparentes, teniendo el mal gusto de comprometerla,—cosa por otra parte difícil con mujer tan prudente y de tan probada discreción.—Dos ó tres intentonas de galancetes de la colonia española ó de *club-*

men del «alta goma» parisiense, encontraron en la dama inmediato y serio correctivo, lo cual robusteció en la tertulia de los miércoles la convicción de que Teodora era una mujer intachable y Jacinto un hombre feliz.

Componíase aquel senado de gente de distinción y aficionada al arte, sobre todo á las antiguallas curiosas; y esta clase de gustos daba pie para correrías y excursiones interesantes por los rincones de la gran capital, desde las visitas á los talleres de escultores y pintores y los apetecidos *barnizajes* de las Exposiciones primaverales, hasta las interminables sesiones en las tiendas y trastiendas de anticuarios y chamarileros. Los amigos de Teodora—el general Herbay, el portugués conde de Vedras-Novas, el diplomático chileno D. Cármenes Valenzuela y Castillo, - eran gente ya entrecana, galante aún, pero propensa á decir bien de la mujer entendida, hermosa y adulada que no les infligía el espectáculo, siempre mortificante para la vanidad masculina (mucho más excitable que la femenina) de preferencias á ningún hombre joven y peligroso. Cada uno de aquellos gallos con espolones tenía su manía peculiar: Herbay las tallas en madera y las porcelanas, Vedras-Novas los grabados antes de la letra y las medallas, Valenzuela los esmaltes y los códices miniados; y era para ellos un recreo delicioso poder enseñar sus hallazgos y hacer admirar por vigésima vez sus colecciones á la encantadora dama, y oir de su boca la oportuna frase de aprobación y la amable chanza, que es

un halago amistoso. Del núcleo de los miércoles salía esa primer aura de conversación que, propagándose por círculos concéntricos, va formando la reputación de una mujer, aun en las grandes capitales. Como en las cuestiones de sentimiento todo dato tiene su importancia, no fué indiferente para el desarrollo del drama que he de referir esta aureola de respeto que á Teodora rodeaba, porque la gran juventud de Lorenzo,—que hacía que aún preponderase en él, sobre el elemento de la adquisición experimental, el del sentido de su educación estrecha, —bastaría para que viese de muy distinto modo á Teodora si ésta registrase en su historia alguna de esas aventuras ruidosas que son estigma imborrable para la mujer. Teodora poseía la fuerza que presta la nitidez del pasado, la fama intacta y limpia, y á la vez el poderoso atractivo de un rostro que revela que este triunfo no es hijo de la frialdad, sino corona de una lucha perseverante con un alma de fuego.

Nadie puede calcular si cosas que hacemos con intención de producir cierto resultado producirán otro opuesto diametralmente. Había entrado Lorenzo Gurrea en el hogar de Jacinto sabiendo que iba á pretender la mano y ganar el corazón de Fermina; y entre las instrucciones previas de su padre, figuraba en primer término una descripción del carácter de las tres personas que componían la familia Castellá. Después del panegírico de Fermina, dijo el general primores de Jacinto, calificándole de cumplido caballero, de generoso y formal, aunque

«algo frío» en religión y en política. Pero al llegar á Teodora, Gurrea Pinós, con una expresión repentina de suspicacia y dureza, pronunció esta frase: «Mucho cuidado. . Ahí pies de plomo... Lo que es á mí la doña Teodora no me engaña.» Y como Lorenzo, sorprendido, pidiese á su padre explicaciones más completas, el veterano, al parecer arrepentido de las palabras anteriores, se perdió en un laberinto de frases ambiguas. Sin embargo, la semilla quedaba echada, y á Lorenzo se le apareció Teodora, desde antes de conocerla y tratarla, enigmática y dudosa, solicitando la curiosidad é irritándola. Por la advertencia de su padre, Lorenzo se fijó en Teodora más, y sospechó una injusticia, de esas que sublevan á las almas juveniles y nobles. No habiendo oído nunca tildar á Teodora; deslumbrado á primera vista por su belleza y su gracia, Lorenzo, recordando la insinuación del veterano, empezó, sin querer, á dudar de la infalibilidad y hasta de la equidad y la sinceridad paternales. Por varios días sintió vago enojo contra su padre, que calificaba así á una mujer tan digna.

Y, en efecto, á Gurrea Pinós le sería imposible aducir algo en qué fundar sus acerbas expresiones. Ningún dato, ningún hecho las confirmaría. La prevención del veterano contra Teodora era de esas que se revelan instantáneamente, con el vigor impulsivo de los instintos animales. Esta clase de impresiones, que van amortiguándose y llegan á desaparecer en los hombres de cerebro muy cultivado, son en

cambio decisivas en los que, como Gurrea, atravesaron un largo período de la vida sin poder dar nada al cálculo y al discurso, y tienen que proceder guiándose por una especie de intuición casi física. La existencia del guerrillero trae consigo azares que imponen la desconfianza súbita y la confianza ciega, sin vacilaciones que serían fatales; y Gurrea Pinós se había decidido sobradas veces en el espacio de un segundo á acciones de suma transcendencia, para no poseer ese infalible olfato con que la fiera de los bosques ventea á su enemigo natural. Aunque las energías creadas en Teodora por la libertad de sus primeros años al borde del mar y en el seno de la naturaleza la predisponían á esta misma clase de perspicacia, su actual refinamiento, duplicado por la cultura artística adquirida al lado de su marido, la impidió estar en guardia, en los primeros tiempos, contra aquel hombre que resueltamente la odiaba.—Y aquí prosigue la serie de las pequeñeces que de pronto desprestigian una autoridad y anulan su influjo en un alma candorosa y hasta entonces sumisa.—Es el caso que el guerrillero, á la vez que la decisión súbita y feliz, había tenido que practicar en sus difíciles tiempos de emboscadas y peligros un exagerado disimulo, una cautela estremada hasta la comedia y el engaño. Temeroso de que su antipatía hacia Teodora se descubriese y ocasionase algún entorpecimiento en los proyectos matrimoniales que con tal fruición acariciaba, Gurrea Pinós adoptó frente á la mujer de Jacinto

Castellá una actitud de caballeresca galantería y de cordialidad brusca y obsequiosa, que pareció á Lorenzo, después de lo que había oído, rasgo de hipocresía detestable. Cuando toda una educación se funda en la veneración que inspira una persona y en la aquiescencia constante á sus opiniones, y no en principios que acepta por raciocinio el educando, no puede desconceptuarse el maestro sin que se conmuevan todos los principios que su autoridad impuso. Así le sucedió á Lorenzo con su padre. El instinto de rectitud y la inexperiencia del mozo se unieron para juzgar muy severamente al General, y para que, en cambio, la esposa de Castellá adquiriese la aureola de la mujer injustamente acusada por quien no tiene ni el valor de atacarla frente á frente.

Sin embargo, aquella Teodora en cuya conducta nadie, ni su más jurado enemigo, podía poner la tacha más leve, había pasado ya cinco ó seis años—casi tantos como contaba de fecha su matrimonio—acostándose y levantándose cada día con la firme convicción de que esperaba al hombre de su destino, que la revelaría lo desconocido y lo infinito del sentimiento. La superficial psicología aceptada por la literatura nos presenta á la mujer, antes de la falta, entregada á vacilaciones y penetrada de horror al presentir y temer la caída. En la realidad sucede muchas veces lo contrario: la caída *interna* puede ser consciente, y se dan bastantes casos de que no la siga la caída *externa*. Si en toda mujer hay pudores y delicadezas que persisten

á despecho de los mayores extravíos, estos pudores no siempre impiden que en el cerebro se dibujen claramente, no las imágenes groseras y materiales del amor, pero sí todo su desarrollo fatal, de creciente interés, como los buenos dramas. En una palabra, Teodora no sufría las angustias de la lucha consigo misma al representarse lo que sucedería así que apareciese el que *tenía que aparecer*. Pertenecía Teodora al número siempre escaso, y cada día más en nuestras sociedades,—donde los caracteres se mitigan y borran sin cesar,—de los seres que se aceptan enteros á sí mismos, que no discuten sus propensiones, y que traen á la vida la exigencia de cobrar una suma de felicidad á la cual se creen con derecho. La índole de Teodora era de mujer del Renacimiento, voluntariosa, perseverante y varonil, con más fibra que nervios, y con nervios bien templados para la dicha. Si no cedió jamás á la intensa sed de amor que sentía, era porque, llena del escrúpulo de una naturaleza esencialmente estética—del Renacimiento en eso también—había encontrado hasta entonces groseras y mal labradas las copas que encerraban el divino bebedizo. No porque algunos de los que la asediaron no fuesen hombres de prendas y de aristocrático atildamiento, sino porque Teodora no se contentaba con tan poco, y aspiraba á recibir, amén de la impresión estética de los sentidos, la del alma, inspirando un sentimiento supremo, que en violencia y en soberana rebeldía se asemejase á lo que ella misma era capaz de

sentir y ofrecer. Los *clubmen* y los gomosos no tenían para Teodora musculatura moral suficiente. Una historia clandestina y vergonzante, una píldora de libertinaje secreto, más ó menos dorada... eso sería todo lo que prometiese una aventura con Max de Keradec ó con Armando de Richeplanes. Su instinto de artista hasta en la pasión decía á Teodora que sólo un hombre que llevase en las venas sangre de una raza como la española, en la cual todavía no se ha divorciado el elemento sentimental del sensual, una raza en que todavía hay fe, abnegación y locura, podía encarnar el soñado tipo. Y para este reservaba Teodora el don de las hadas.

Fuerza es convenir en que estos cálculos hechos de antemano, estos laboriosos edificios y, estos planes y combinaciones, suelen echarlos por tierra los movimientos espontáneos del corazón, en una de esas inesperadas horas en que un alma acepta el yugo. Tal le hubiese acontecido quizás á Teodora cuando conoció á Lorenzo, aunque Lorenzo no realizase, por casualidad extraña, el tipo moral viviente en la imaginación de Teodora. Otra mujer menos tenaz, menos segura de su poder, menos resuelta á crear su porvenir que Teodora, caería en el desaliento cuando, al tropezar con Lorenzo, le conoció como pretendiente declarado desde el primer día á la mano de Fermina Castellá. En Teodora, por el contrario, la impresión deliciosa y profunda de la vista de Lorenzo se acrecentó con el viril y acre presentimiento de la

lucha que habría que sostener y de las vallas que habría que saltar. Que Lorenzo, extraño á la familia Castellá, amase á la mujer de Jacinto, podía ser un capricho, un arrebato de la juventud; pero que Lorenzo, concertada su boda, casi marido de Fermina, abandonase á la novia por la esposa del hermano... ¡eso sí que ya merecía arrostrar las terribles contingencias de la infracción del orden moral y de la bofetada al mundo entero!

Consecuente en su sistema, dominando el ímpetu de su perversa voluntad, Teodora, con la diplomacia del que aspira á un fin ansiadísimo y con el tacto de la mujer que pone su inteligencia al servicio de su deseo, en vez de exhibir ante Lorenzo una coquetería que le hubiese alarmado y repugnado, adoptó actitud tan delicada, tan correcta, tan decente, que era imposible que de dama que así aparecía se pensase sinó bien. La gradación de su conducta no fué menos habil. Al principio se mostró alegre, franca, chancera, fraternal casi con Lorenzo. Después, como si los sentimientos al pronto indefinibles se le hubiesen revelado lentamente, empezó á mostrarse reservada, melancólica, absorta á veces, grave, y hasta desigual de humor. Como la llama que se activaba y la consumía, y los inevitables celos que sentía al ver á Fermina y Lorenzo mano á mano, palidecían sus hermosas mejillas y cercaban de suave oscuridad sus brillantes ojos, no fué difícil que Lorenzo notase estos síntomas y preguntase la causa con interés. Contrastaban demasiado con la visible y aturdida alegría de Fermina, para que no obligasen al joven á establecer involuntariamente esa comparación que es el primer síntoma de la predilección pasional. Casi siempre que se empieza á amar, se empieza también á detestar en otros cualidades opuestas á las del objeto querido. Los colores vivos y la jovialidad fastidiosa de Fermina llegaron á causar tedio á Lorenzo, sin que adivinase que el verdadero origen de su tedio era que contrastaban con la languidez, con la pensativa actitud de Teodora.

La labor de ésta, en los once meses que ya duraba el noviazgo, había sido de arte, pero de un arte maravilloso. Se propuso que no transcurriese un día sin que Lorenzo recibiese de ella algún chispazo, algún ligero roce moral, que se grabase en su memoria, en su alma ó en sus sentidos. Ya era una actitud estudiada y expresiva, ya una frase, ya una confidencia amistosa á media voz, ya el dejar ver, con tal sencillez que parecía descuido, bellezas de esas que el tocado generalmente encubre, como los redondos brazos ó la rica mata de pelo suelta. Con Lorenzo fué tanto más eficaz este sistema, cuanto que, al contrario de Teodora, la idea de que entre Teodora y él pudiese existir algo más que amistad ni se le pasaba por las mientes. Sin desconfianza se dejaba envolver y penetrar insensiblemente por aquella mujer de suyo fascinadora, y mas cuando se lo proponía. Libre de todo recelo porque llevaba el rótulo de novio de Fermina, y porque Teodora iba á ser su

hermana casi, no recelaba mirarla con pueril complacencia, detallar sus perfecciones, recontar sus encantos y hasta sentir las penas ocultas que delataba su abatido rostro.

Teodora notó que ya estaba bien preparado Lorenzo para poder arriesgar una experiencia definitiva. Si lo dudase, se habría convencido al observarle durante la representación de *Fedra*. No tenía Lorenzo las entrañas de roble del duro hijo de la amazona, de aquel Hipólito que sólo ve en la mísera Fedra un objeto de horror. Y al notar cómo la pasión transformaba el semblante y humedecía los ojos de Lorenzo, sintió Teodora la alegría insensata del jugador que acierta con el número...

En el mismo instante en que Teodora veía abierta la brecha para entrar en el corazón de Lorenzo, aparecía en el palco el veterano. Su presencia fué para Teodora la vuelta á la realidad. De una ojeada conoció las inmensas dificultades que ofrecía su empresa. Lo de menos sería el maniático de arte que se llamaba Jacinto y la criatura poco complicada y vulgar que era novia de Lorenzo. Pero aquel viejo terrible, con su ojeada de ave de rapiña que escruta el horizonte, con su cráneo duro y sus velludas manos; aquel veterano que no conocía ni el miedo ni las transacciones con el deber, y que leía en el alma al través del velo engañoso de la carne... era el verdadero enemigo con quien había de luchar Teodora. ¡Y qué: lucharía! Los adversarios cruzaron una mirada relampagueante, y el general no frunció el entrecejo, porque disimulaba ya: al contrario, sonrió y tendió la diestra á la dama, en silencio, por no molestar á Jacinto.